



UN VALLE DE SUIJA.

## EL JAPON.

### I.

El Japon (Japonia) tiene título de imperio, y ocupa un territorio inmenso en la parte mas oriental del Asia: compónese de varias islas, siendo la mas considerable Nifon. Los portugueses descubrieron aquel archipiélago por los años 1542 á consecuencia de una terrible tempestad que les arrojó sobre aquellas ignoradas costas. Divídese aquel imperio en siete principales *gokifzidos* (comarcas), que se subdividen en varias provincias, cuyo mando es compartido entre dos emperadores; uno secular, que llaman el *kubo*, y otro eclesiástico, el *dairo*: este antiguamente poseía la autoridad soberana, pero hoy dia goza de inmensos beneficios, doce mujeres y muchas concubinas; es el oráculo de la religion, y se le procuran todos los honores y los placeres imaginables.

Tocante al otro, el *kubo*, posee un poder absoluto y omnímodo sobre sus súbditos, cuyas únicas leyes estriban en la voluntad de aquel *kubo*.

Los japoneses son por lo regular pequeños de estatura, de color

atezado, rechonchos y feos; por lo demás son atentos, de agudo ingenio, sóbrios, belicosos, y muy limpios; jamás han sido subyugados por ninguna otra nacion, y hablan un idioma muy singular, y peculiar de ellos.

El tiempo es muy vario en aquel clima, y las estaciones de calor y frio suelen ser rigurosas; el mar que circunda el Japon está lleno de sirtes y escollos y es muy agitado; los rayos y truenos son frecuentes, y los temblores de tierra; el terreno es en general montañoso, escabroso y estéril; solo que la industria y asidua laboriosidad de sus habitantes lo han vuelto fértil y en disposicion de no necesitar de sus vecinos.—Hay en gran número rios, lagos y fuentes, y minas de azufre, cobre, plata y oro; se hallan muchas piedras preciosas y ámbar gris. *La hermosa porcelana del Japon*, de que luego nos ocuparemos, es bien conocida de todos. La religion es la idólatra, poco mas ó menos como en China. Los jesuitas llevaron allá el Evangelio: San Francisco Javier abordó en aquellas islas en 1554, y se formó una iglesia numerosa hasta en 1639 que vino la persecucion que destruyó del todo el cristianismo. La antigua capital del Japon era *Meaco*; hoy es *Iedo*, ciudad no insignificante, en la isla de *Nifon*, con un bello palacio fortificado, donde el emperador hace su residencia: *Iedo* posee nada menos que 500,000 habitantes; hay un comercio considerable.

31 DE DICIEMBRE DE 1854.



El gran río *Toukou* divide la ciudad en dos, y se arroja en el puerto por seis embocaduras; han construido sobre el río un magnífico puente. Las casas son pequeñas, bajas, y de madera, propensas á incendios. Hay numerosos templos, y muchos palacios contruidos de piedras sin mezcla para que resistan mejor los temblores. En fin, *Iedo* está situado en una amena y fértil llanura, en una bahía abundantísima en pescado; además del río que le atraviesa, hay varios canales. Dista *Iedo* sobre 2,800 leguas de Madrid.

## II.

La Europa es deudora al Japon de dos artes útiles á la par que elegantes, á saber: las de *alfarero* y *esmalter*; porque si bien no fueron desconocidas entre los antiguos, como nos lo comprueban los célebres vasos griegos y etruscos, nunca alcanzaron en mérito á los más modernos jarros del Japon y de porcelana de la China, cuyos géneros conservan siempre el nombre del país donde se elaboran.

Y al confesar que hemos adquirido dichas artes en aquellas regiones, donde las alcanzaron con perfección algunos centenares de años antes que nosotros, es menester que ellos conozcan que desde que se abrió un tráfico entre nosotros por mar con las costas occidentales de sus dilatadas tierras, hemos alcanzado en esmaltar, y en la fabricación de la porcelana, si no toda la fineza y testura de la tierra de que ellos la elaboran, los hemos escedido quizá en finura, gusto y elegancia.—Hay la opinión generalmente admitida de que *Sevres*, *Meissen* y *Straffordshire*, fabricantes de loza europeos de gran fama, y que se han enriquecido con esa industria, han descubierto el secreto de la elaboración de los chinos y japoneses.—Birmingham es otro fabricante inglés de reputación también europea.

Hace siglos que importamos del Japon y de la China artes cuya perfección conocieron muchos centenares de años antes que nosotros; á pesar de esto nosotros hemos adelantado en las mismas mas que ellos, á juzgar por los trabajos de esmaltes y vajillas de porcelana que salen de nuestras fábricas, mientras que de aquellas regiones nos mandan las mismas cosas trabajadas del mismo modo que en 1350. Y esta observación nos ha conducido á formar la equivocada idea de que aquellos imperios no han adelantado nada en 300 años, y que están condenados á permanecer estacionarios. ¿Quién nos ha dicho que no entre en las medidas políticas de aquellos gobiernos el querer ocultar sus mismos adelantos? Avaros de sus secretos tan codiciados por la industria europea, contentábanse con enviarnos los objetos de inferior valor, á cuya exportación les son retribuidos con mas lucro quizá que sus superiores géneros vendidos en el interior de su propia nación, con las mas severas medidas prohibitivas para que puedan salir de allí.

Acontecimientos muy recientes en la China, la dispersión y progresos de los chinos á través del archipiélago Indio, la adquisición y navegación de barcos europeos para trasportar á sus mismos compatriotas á San Francisco (California) y á otros puntos de las playas del Pacífico, nos han demostrado que estábamos en un error respecto á los pocos adelantos de los chinos.

Además, no carecemos tampoco en Europa del ejemplo de algunos pueblos que han permanecido inertes y estacionarios durante ciertos determinados periodos, bien sea á consecuencia de ignorantes preocupaciones, ó de la opresión de gobiernos despóticos, hasta que un cambio de ideas ó un movimiento revolucionario, sacudiendo el yugo de ese maléfico ascendiente y vanas preocupaciones, despertando esos mismos pueblos de su inercia, han hecho en poco tiempo rápidos adelantos en la senda del progreso, cuyos beneficios son tanto mas fructíferos, cuanto mayor sea el número de personas en quienes ejerza su influencia; y sabido es que solo la China cuenta mas población que todos los estados de Europa reunidos, pues pasan de 150 millones de habitantes.

## III.

Como no deja de ser cuestion de general interés el averiguar si han permanecido ó no estacionarios los chinos y japoneses en el fomento de las artes y de la industria, hemos tratado de estudiarlas, y nos hemos convencido no ser así, y que por el contrario ambos imperios, mas ó menos rápidamente, han progresado.

Los españoles mandamos igualmente algun buque á China; pero ninguno al Japon (cosa que no dejaría de convenir); los ingleses á la presente poca ó ninguna comunicación conservan con dicho imperio. Los anglo-americanos lo visitaron últimamente, y los holandeses continúan enviando una fragata todos los años, nave que aguardan los japoneses con sumo interés y por momentos su arribo. Devoran las noticias que tienen relación con Europa, y son frenéticos por los periódicos en general, pero muy particularmente por aquellos que por sus grabados y dibujos hablan una lengua universal, tales como las *Ilustraciones*, *Semanarios*, *Museos*, *Panoramas* y *Almacenes pintorescos*, etc. Y al paso que ellos indagan, nosotros poco ó nada sabemos con referencia á los asuntos de aquel aislado pero magnífico imperio.

A principios del año pasado parece ser que un caballero inglés pudo lograr que del último buque holandés que vino del Japon le vendiesen una buena parte del cargamento, que consistía en vajillas de porcelana y otros objetos de lujo primorosamente trabajados, como son pupitres para señoras, biombos, mamparas, abanicos, pipas, etc., todo construido con esquisitísimo gusto, perfectos dibujos, y pintado con colores deslumbradores; cuyos objetos nos escribe un amigo que los vió espuestos al público en Londres, en un sitio concurrido de la ciudad que denominan *Pall-mall*; sitio conocido de nosotros mismos por cierto. Añade el testigo de aquella preciosa colección que ella hablaba por sí sola elocuentemente en pró de los progresos en las artes por parte de los japoneses.

Semejantes exhibiciones no pueden menos que animar á los europeos en general, al verificar sus escursiones en todas las islas del Pacífico, á fijar su consideración en aquella, menudeando nuestras relaciones (los españoles también), y fomentando nuestro comercio con el imperio del Japon.

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

Valladolid 1.º de enero 1833.

## TOROS DE GUI SANDO.

Por el Sr. Juan Alonso Franco.

En el libro del señor Juan Alonso Franco de que habla el número 21 de este periódico, se halla la figura siguiente, que dice ser la de los famosos toros de *Guisando*, y por bajo dice esto:

En Castilla la Nueva, entre Cadalso y la venta de Tablada, cerca de un monasterio de Gerónimos, se encuentran cinco toros de piedra, de una pieza cada uno de ellos con la losa que los sostiene, de tal grandeza todos que mas parecen de talla de elefantes que de toros, y todos de la figura y en la actitud de este, y como él con un lebrero en el anca. Como uno por su lebrero se conoce que se dedicó á la victoria de César sobre los hijos de Pompeyo, y el sitio donde fue esta es Andalucía; como el mismo diga que allí donde está es el campo Bastetano; y como espese que es dedicación de los Bastetanos otra, y se sepa que este campo y este pueblo fueron en Andalucía, por eso muchos han imaginado que estos toros se hicieron y estuvieron primeramente en dicha provincia, y que después un rey moro para mostrar su poder con máquinas y gran copia de gente los metió España dentro, y los colocó donde se hallan, siendo entre otros de este parecer Rasis en la historia que hizo de Andalucía, y D. Lorenzo de Padilla, curioso arcediano de Ronda. Mas Ambrosio de Morales, según se advierte en una nota de su puño puesta aquí en este libro, dice que los toros son tan valientes piedras que es cosa de burla pensar que se movieron tantas leguas como hay desde allí á Andalucía, y mas sin motivo alguno; y Antonio de Nebrija afirma que como hubo pueblos Bastetanos en la Bética, los hubo igualmente en la España Citerior, y que de ellos debían hablar estos toros. Además, aunque la principal victoria de César fuese en Andalucía en Munda, también por Oro-sio lib. VI, cap. XIV, sabemos que la guerra y el ejército pompeyano no se acabaron hasta que Cesonio, legado de César, venció no lejos de Lusitania; y de esto debe hablar el último toro, lo cual no sucedió en Andalucía sino en la Citerior, no lejos de Lusitania, como es donde se hallan los toros. Los letreros de estos dicen:

- 1.º *Caecilio-Metello-Consuli-H. victori.*
- 2.º *Exercitus victor-hostibus fusi.*
- 3.º *Longinus-Prisco-Caesontio-f. c.*
- 4.º *Lucio Portio-ob provinciam-optime administratam-Bastetani populi f. c.*
- 5.º *Bellum Caesaris-et patrie magna ex parte confectum est-s. et Gn. magni-Pompey filijs-hic in Bastet-lanorum agro-profligatis.*

El Metelo del primer toro fué de los principales de la facción de César, y el tt. (vis ó dos veces) puede referirse á consuli, y mejor á victori. El prisco del tercero debe ser el que acabó de desbaratar á los pompeyanos en aquellos campos, y el Longino el pretor de España Longino Cásio, de quien habla César en sus Comentarios. Como quiera, son estos toros una de las mejores memorias que quedaron de los romanos á España. El nombre de *Guisando* lo deben al monasterio gerónimo inmediato.

F. L. G.

JOSÉ BALSAMO,

CONDE DE FÉNIX.

Precursor del gran cataclismo que debía en su explosión incendiar la Europa al fin de su siglo, vino al mundo el día 8 de junio de 1745 un hombre, á quien la iglesia adjudicó los nombres de José Estéfano



Alejandro, en la pila bautismal de una de las parroquias de Palermo, ciudad de su nacimiento.

Llamáronse sus padres Pedro Bálsamo y Felisa Braconjeri, comerciantes de profesión, á quienes una honradez sin tacha y la nobleza de su familia, oriunda de Sicilia, consoláran de las pérdidas y descalabros sufridos en su caudal, floreciente en otros tiempos, reducido y precario entonces. La probabilidad de una quiebra y otros disgustos aceleraron el fin de sus días, y el tierno vástago quedó huérfano á la edad de ocho años.

El orgullo de familia podía únicamente salvar la situación del pobre niño, cuando no la conmiseración y el deber de parentesco tan tristemente olvidado de la opulencia bácia la miseria en todos los países y épocas; y en efecto, Bálsamo debió á unos tíos, por parte de madre, el primer paso en la senda de la educación, ingresando de alumno pensionista en el Real seminario de San Roque, cuando apenas contaba once años.

Pronto una depravación moral se traslució en él, una índole traviesa y rebelde escitó aquel poderoso genio, para quien los muros del claustro literario eran un círculo estrecho y mezquino, y comenzó á desarrollarse su profunda antipatía hacia todo lo que tuviera relación con el método y el orden.

Fugado del seminario, sus tíos trataron de ensayar el sistema represivo, enclaustrándole rigurosamente en el convento de los buenos hermanos (*Bon-fratelli*) en la ciudad de Caltagirone. Bálsamo acogió tan violenta disposición con fingido entusiasmo, pues la relajación moral de un siglo disoluto había invadido la disciplina monástica; por manera que podía contar para sus travesuras amigos y cómplices entre los mismos individuos de la familia del monasterio.

Escitado por varias clases de estímulos bastante poderosos á exaltar una imaginación de suyo predispuesta al mas desenfadado libertinaje de la época, el niño mimado, ya adolescente, inventaba diabólicos pretextos para eludir con el velo de una modestia fingida las reprimendas y vapuleos á que cada momento híciérase acreedor, hasta que conocido por los padres el espíritu disoluto que le dominara, fué necesario aplicar correctivos, á fin de dominar aquella naturaleza rebelde. En vano vistiéranle el hábito de la regla; en vano obligáranle á rezar las horas canónicas; inútilmente se le encargaba la lectura del refectorio; tanto en ella como en el rezo ordinario, Bálsamo sustituía á uno y otra una cábala de estravagancias y ridiculeces que escitaban la risa, provocando la distracción de los religiosos: su vocación no era aquella; tiempo há que una idea ambiciosa agitábase, revolviendo allá dentro su organización poderosa, y las mas absurdas maquinaciones desconcertaban con su misma ligereza planes las mas veces contradictorios, siempre mal concebidos, nunca desechados de la práctica.

Un día en que la vigilancia que sobre él se ejercía le permitió un ligero descuido, hallándose la comunidad en una ceremonia de velamento, el novicio tuvo la extraña ocurrencia de rasgar el hábito, que hizo flotar en una caña sobre un chapitel de la iglesia, huyendo en seguida del monasterio en calzoncillos y descalzo. Al descolgar los pedazos del hábito, hallaron una tarjetilla prendida á ellos con estos dos versos enigmáticos:

O luz ú oscuridad. ¿Quién á quién vence?  
He aquí el problema que resuelve el siglo.

Esta anécdota hizo ruido en Palermo, donde reapareció el fugitivo novicio con una buena dosis de picardías, sobre las que llevara al claustro poco antes.

Hacia esta época afirman las escasas notas biográficas que de este personaje existen, que se operó en él una violenta revolución, preparada acaso por las reglas de la naturaleza que acababan de desarrollarse al hombre, el cual dejaba de ser niño por medio de su transición física. Bálsamo giró en torno de sí la vista; todo le pareció raquítico y miserable en su derredor; el régimen político de las naciones tan imperfecto en sí y caduco; las reglas metafísicas tan desatendidas, el ingenio tan poco cultivado, las ciencias rebajadas hasta la abyección; el sistema despótico ahogando las luces intelectuales de la humanidad sumida en la reacción; todo, todo en aquella sola ojeada le pareció ruin y miserable, envilecido é incompatible con la dignidad del hombre, y á vista de la terrible lucha empeñada entre el oscurantismo despótico que dominara la época y la naciente turba de filósofos que clamaban como perros rabiosos ante la única bandera de la incredulidad y corrupción de costumbres, revélase el genio, sacude su apatía, levanta la frente, y poseído de un orgullo insensato, henchido de soberbia, esclama: «Soy hombre y aun puedo ser mas.»

Desde aquel día se lanza á inquirir los arcanos de la ciencia, empezando por la filosofía que es el escalón donde estriban todas; vaeila en la elección de autores, y á nadie somete el consejo sino á sí mismo: ¡peligroso criterio!

Dedicado á su sistema de observación, pudo notar por sí mismo los

desvarios de Voltaire en su ruidosa polémica con el abate Guenée, resbalando siempre al abismo de la impiedad y sosteniéndose apenas en el hilo tenue é irónico de una duda equívoca, equivalente á una negativa mucho mas insultante, aunque maliciosamente tácita y burlesca: á Freret, sabio vacilante, poniendo á prueba y pesando descaradamente la autenticidad de los Evangelios; á Diderot, verdadero sinónimo de heregía, renegando del dogma y atacándole sin embargo; á Condillac, rebajando el vuelo de las ciencias y prostituyéndolas con innobles parodias entre risibles bacanales y orgías; á Raynal inconsecuente, viendo con su implacable sarcasmo quemar sus obras por mano del verdugo, y volviendo furioso á su tarea de combatir los tronos y el sacerdocio, hasta arrastrarles por el lodo; vió tambien á Santiago Rousseau reduciéndolo todo á notas de música é inoculando hábilmente en la sociedad una peligrosa gangrena; y entre otros muchos, á Montesquieu, escéptico, aunque no impio, si bien sus tendencias algo parecidas tal vez á los arranques incrédulos de Voltaire, marcaban al menos un principio de consecuencia menos insensata y tambien mas lógica é ingénua, en que se desterraba el sarcasmo incendiario de este y la hipocresía cínica del filósofo ginebrino.

En medio de aquel laberinto de ideas disolventes, en medio de aquella funesta depravación moral, de aquel frenético delirio que marchaba á veces por vías contradictorias, á ciegas en su alumbramiento impio, Bálsamo detúvose sorprendido, porque lejos de ser para él la filosofía un vasto palenque donde se pelea á fuerza de errores, había formado el concepto de la armonía divina con el orden normal de la naturaleza, que sondea la verdad en sus mismos preceptos. Asombrado á vista de tantas miserias, vuelve la vista á Dupuy, creyendo hallar su raciocinio la verdadera solución del problema escandaloso que se ofrecía á su vista; pero no bien hubo leído el primer párrafo de aquel famoso impostor, cuando le escupe, le quema por su misma mano, y esclama: *He aquí el colmo de la impiedad; hasta aquí pudo llegar la miseria de la criatura.*

No hallando punto de apoyo en que fundamentar sus principios, suspende sus investigaciones literarias, colócase de mancebo en un establecimiento de farmacia, y fiel apreciador del tiempo, economiza los intervalos que le deja libre su obligación, para dedicarse con bastante provecho al dibujo, esgrima y gimnasia.

En este periodo la tradición ha arrojado sobre este personaje extraordinario un velo misterioso con todos los desvarios de la fábula, con mil suposiciones gratuitas y hasta ridiculas que han desfigurado el verdadero carácter del sabio revolucionario, empañando el prisma que pudiera presentar su tipo memorable. La novela tambien se ha apoderado del hombre, dándole el colorido de semi-dios en el terreno de las matemáticas, y creándole una situación quimérica en la hipótesis de su fantástico genio: acaso pues estas líneas sean las primeras en fijar la existencia real de los hechos, por lo mismo que parece muy raro hallar en otra parte los preciosos apuntes que debemos á una feliz casualidad, y que en su mayor parte hasta hoy han permanecido inéditos.

Con objeto de instruirse, viajó por Egipto, Rodas y Malta, cuyo gran maestro anunció á la orden en pleno capítulo que *aquel extranjero tan risueño hacia ruido aun en el mundo*. Reunido casualmente en una travesía con un sabio musulmán llamado Althotas, pudo iniciarse en esas prácticas ocultas de las sociedades secretas, y á la muerte de este quedó Bálsamo dueño de sus papeles, é instituido por el moribundo con la dignidad de Gran Coftó, fundador y Gran maestro de la Masonería egipcia en todas las partes orientales y occidentales del globo, dignidad que le hacia jefe invisible de todas las lógicas del universo, y de consiguiente cabeza universal de todos los conspiradores.

No es propio ni cabe en una biografía el relato de lo mucho que Bálsamo obró en tal sentido; sus actos pertenecen á la historia privativa de este personaje, de la que tiempo há nos ocupamos; por lo pronto, daremos á conocer hoy al hombre, que tal es el carácter de biógrafo que nos imponemos.

En 1778 verificaba su tercer viaje á Roma, después de haber recorrido la Italia, y sobre todo Nápoles con su cielo encantador, la brisa perfumada de sus jardines y las majestuosas ondulaciones de sus montañas inflamadas con los penachos de fuego de sus volcanes.

Alójase en la lonja del Sol á la Rotonda; pero habian empezado ya los días de su persecución á instancias de un clero fanático que estaba en oposición abierta con todo hombre sabio; y que noticioso de su gran talento, miraba ya con cierta prevención odiosa á aquel opulento filántropo que atraía á las masas instintivamente con la fama de sus prodigalidades y limosnas. Hábil por experiencia y largo de vista, comprendió el peligro, y adoptando el título de conde de Fénix, se retiró á una modesta casa de la *Trattoria Lepri*, visitando peti-uniforme al estilo prusiano de acuerdo con el embajador de la corte de Federico II.

Antes de salir de Roma prendóse de una dama principal llamada



Lorenza Feliciani, que habitaba junto á la *Trinidad de los Peregrinos*. Este enlace le acarreó nuevas persecuciones de parte de un caballero romano que pretendió también á su esposa, y con quien hubo de mantener un duelo á sangre fría, cuya provocación de parte del rival no pudo hacer constar Bálamo, viéndose obligado á salir de Roma con dirección á España.

Pero tanto en esta nación como en cualquier otra, la fama le precedía, una fama denigrada con mil absurdos propios del fanatismo religioso que veía en la mano poderosa de aquel hombre célebre y simpático agitarse la tea revolucionaria que debía más tarde producir la conflagración del universo.

Es ingenioso el disfraz que adoptaron ambos consortes á fin de adormecer la impaciencia con que se les aguardaba en varios puntos de España; en Barcelona, Alicante, Cádiz, Lisboa fué sin embargo reconocido por las turbas juramentadas que respetaron el incógnito del jefe de las lógicas masónicas de todo el orbe; Madrid, centro de la monarquía castellana, presencié el punible escándalo de esos bailes obscenos titulados de la *bella union*, instituidos equivocadamente en obsequio de Bálamo á su llegada, y que tenían efecto por personas corrompidas de ambos sexos, que después de bacanales impúdicas, entregábanse á todo género de goces sensuales, totalmente desnudos.

Hemos dicho que era ingenioso el disfraz que usaban, y se reducía á un saco de peregrino con bordon y muceta; traje que no tenía el tipo de originalidad en aquella época, pero que sin embargo contrastaba con las funciones tenebrosas de un conspirador. De Madrid regresó á Valencia, Denia y otros puntos bajo el nombre de D. Tishio napolitano, é iba además provisto de una patente de oficial mayor de ejército al servicio de Prusia, y que se reservaba para cualquier apuro.

De vuelta tornó á Londres, teatro de nuevas aventuras, y en donde empezó á hacer experimentos químicos; esas peligrosas investigaciones de la ciencia, cuyo verdadero carácter nadie conoce; por más que sus émulos las hayan aplicado maliciosamente al estudio de la piedra filosofal, á la confección de la panacea inmortal, al elixir de la vida, á la transustanciación de los mas viles metales, y su conversión milagrosa en oro, con otras mil extravagancias ridículas propagadas por sus enemigos á fin de denigrar su conducta: ¿qué importa pues? todo hombre grande los tuvo.

Un periodista se atrevió á hacer públicas ciertas particularidades privadas del químico; pero este, bajo el nombre del conde de Cagliostro se vindió hábilmente en su célebre carta al pueblo inglés.

Es un hecho que se aplicó desde entonces al magnetismo profético, á la alquimia, al cálculo cabalístico y á todas esas ramificaciones reservadas de las ciencias sobrenaturales, de que vemos hoy nuevos ensayos practicados por los doctrinarios modernos, celosos por sublimar el espíritu y volatilizar la materia de la criatura hasta un grado de fusión simultánea entre ambos principios. Preciosos delirios filosóficos, esfuerzos generosos de la voluntad que prueba responder á ese fondo consolador de la inmaterialidad de nuestro ser que germina en un mar de esperanzas, sin las que el hombre no podría existir.

Desde esta época puede decirse que se colocó Bálamo en posición directa de responder á los cargos, y no á todos, que la posteridad arroja sobre su nombre, calificado de hechicero. Para desvanecer ciertas dudas y eludir algunos compromisos de estafa, verificó un viaje por toda Europa, dándose prisa á volver á París, donde reclamaba su presencia el conde de Vergennes. Halló en esta ciudad los primeros elementos favorables para la próxima revolución; pero todavía no era tiempo; era preciso herir y poner en público y afrentoso ludibrio la majestad real, víctima escogida y que debía inmolarse por la salud de un pueblo sedicioso.

Era la época en que el cardenal Luis de Rohan, arruinado por sus despilfarros y liviandades, ardía en deseos impuros de merecer ciertos favores de Maria Antonieta de Austria, reina actual de Francia: fruto de sus reiteradas instancias había sido una tenaz negativa, que solo serviría de mayor incentivo que inflamó mas y mas el delirio amoroso del disoluto prelado, el cual volvía de nuevo á intentar con mayor ahínco la imprudente conquista del honor de su soberana.

En medio de su vértigo halló en Bálamo el instrumento confidencial y activo de su pasión. Fingió negociar el asunto, y significó al prelado que le exigía por precio de su exigencia un magnifico collar de diamantes que Bohömer había construido para una de las queridas del difunto Luis XV y que apetecía Maria Antonieta, pero cuyo valor de 1 600,000 francos repugnaba por lo excesivo á Luis XVI. Bálamo, por medio de una camarista llamada la condesa de la Mothe, hizo presentar al cardenal una carta suplantada bajo la firma idéntica de Maria Antonieta, en la que se le suplicaba la comprase el collar, cuyo valor le abonaría ella de sus ahorros en ciertos plazos, y en recompensa del adelanto se comprometía bajo real palabra á rendirse á sus deseos. Fácil es de creer que Rohan aceptó el partido, negociando con el diamantista el collar, que ofreció ir pagando á plazos conve-

nidos contando con los de la reina, porque en realidad Su Emilenia no podía disponer aquel día de un luis. Son sus mismas palabras.

Entre tanto no era aquella una prenda que podía remitirse á su destino con cualquiera. Pues bien: la prevision de Bálamo supo ocurrir hábilmente á los temores del prelado, manifestándole que solo á la reina debía entregar el collar, y esto despues de haber obtenido el cumplimiento de su palabra real: mas ¿de qué suerte, cómo, sin provocar un escándalo? Bálamo allanó las dificultades, é hizo de modo que una dama sumamente parecida á la reina le aguardase cierta noche en uno de los laberintos del jardin de Versailles, donde el prelado, seducido por la apariencia, pudo saciar su lascivia.

Bálamo no tenía en toda esta intriga otro carácter que el de conspirador; en cuanto á la mancha de estafa con que han querido tildarle, es inexacta en este caso, pues el collar fué vendido en Londres por Mad. de la Mothe, quien compartió su valor con la supuesta reina, llamada Oliva.

Llegado el primer plazo del collar, el diamantista reclamó su importe á Rohan; pero este, arruinado y sin recursos para hacer frente al compromiso, tuvo la debilidad de confesar de plano y remitir al diamantista á que hablase á la reina. Descubrióse la intriga entonces; y Rohan, vestido de pontifical, pues se disponia entonces á celebrar la misa de la Asuncion, fué preso públicamente y conducido á la Bastilla con Mad. de la Mothe, que en sus deposiciones comprometió á Cagliostro, á quien no pudo haberse á mano. Rohan en su indagatorio solo habló de él en buen sentido.

Después de siete meses que duró el proceso, el parlamento condenó á la Mothe á ser azotada, marcada y aprisionada perpetuamente en la Salpetriere, despues de haberse retractado de todo públicamente. Por lo que toca al cardenal, fué absuelto plenamente, y lo mismo José Bálamo.

Habitaba este, bajo el pomposo título de Baron de Bálamo, conde de Fénix y de Cagliostro, una casa magnífica en la calle de Saint-Honoré, y el timbre de sus armas era una serpiente enroscada que tenía una manzana en la boca atravesada con una flecha con este lema: *Ego sum qui sum*. Bajo de los cuarteles del escudo había estas tres letras, que nadie pudo interpretar, y que encerraban sin embargo todo el formidable sentido de su terrible misión: L. P. D. esto es: *lilas pedibus destrue*. Y no obstante, los tronos, amenazados de muerte por aquella divisa, dormían tranquilos á la sombra de una indiferencia culpable, una vez conmovidos ya los fundamentos.

La revolucion marchaba, y Bálamo supo darle su verdadera importancia por medio del funesto asunto del collar, que pudiendo haber quedado con el simple carácter de un escándalo doméstico, adquirió por medio de la publicidad imprudente que se le dió, formas denigrantes en desdoro de la majestad real, toda vez que no supo disipar la duda de la mente del pueblo, predispuesto ya de antemano, y quebrantados los vínculos morales por las utopías preconizadas de intento por una perniciosa filosofía.

Esta absolución añadió un nuevo triunfo al conde, que huyendo su misma popularidad, se ocultó en una boardilla; pero el deseo que Luis XVI manifestó por conocerlo fué causa de que cayera en manos de la policía secreta, que le condujo á la presencia del monarca.

—Este hombre que me habeis traído, dijo este á sus inquisidores, es un idiota del que no se merece la pena de ocuparse mi majestad; no tengais duda que habeis equivocado la pista.

Y en efecto, Bálamo supo dar á su fisonomía tal aire de candidez, que era bien natural la equivocación del rey, porque efectivamente se equivocaba.

Retirado al parecer de la escena pública por simple capricho, y como demasiado débil para sustentar el peso del triunfo de sus doctrinas, se dedicó á ejercer la medicina gratuitamente; medio especioso de aproximarse todavía mas á las simpatías populares, si bien el grado increíble á que llegaron estas ocasionaron su expulsión de los dominios de la Francia, verificándose la predicción del cirujano Marat: *hareis de modo, decía el conde, que se quebrante el casco de la campana antes de la prueba de su sonido, y en verdad que es el colmo de la majaderia*.

Despidióse pues de París con su carta al pueblo francés, manifiesto incendiario en que se atacaba ya sin embozo, haciendo pública ostentación de esa mina destructora, monstruo que se revolvía rugiendo allá en los abismos del disimulo. Llegado á Londres dió á luz otro manifiesto que era la segunda edicion del anterior, y que le valió una formidable polémica con el editor del *Correo de Europa* Mr. Morand, polémica cuyo resultado fué un desafío á pistola, y su desenlace fué favorable al conde. La fecha de aquel memorable documento es 20 de junio de 1786, pocos meses antes que la del último.

De allí hubo de pasar á Strasburgo, donde había establecido la gran lógia central de los *iluminados*, cuyos adscriptos le recibieron bajo la bóveda de acero. Organizada la sociedad, marchó á Basilea,



Saboya, Roveredo y Turin, donde el gobierno trató de prenderle, viéndose obligado á partir á Trento, donde no lo perdía de vista la guardia militar del príncipe, obispo de aquel estado. Allí, reducido á la pobreza, dicen que hubo de prostituir á su mujer y que vivió espléndidamente á costa de su honra; pero lo cierto es que mas de una vez explotó en su provecho la credulidad de aquellos papanatas, con la esperanza de prolongar su vida á beneficio del famoso elixir de longevidad, cuyas gotas rubicundas entusiasmaban hasta el punto de disputárselas á peso triple de oro.

Hallábase un dia en su laboratorio confeccionando los ingredientes

para preparar su pretendida *piedra filosofal*, cuando fué sorprendido por la policía: dícese que no tuvo tiempo aun de quitarse la mascarilla de vidrio que usaba, y además en el proceso formado por la Inquisición, existe una reminiscencia que dice habersele hallado tambien unos troqueles y un volante de acuñar moneda; pero esto es una impostura segun las mejores probabilidades. El hecho es que arrestado en un principal, recibió, merced á cierta influencia empleada por su esposa, orden de espulsion perpétua de los estados episcopales. En su virtud, el conde, escoltado por una guardia de caballeria hasta la frontera, se estableció en Vicenza.



(Estátua de mármol por Gualtero, premiada en la esposición de Berlin.)

Aquí el grande hombre echó una rápida ojeada á su agitada vida; el pasado le presentó en relieve todas las facies turbulentas de su carrera pública y privada, y el génio vigoroso hasta entonces é impasible ante los reveses de la suerte, empezó á declinar en lánguida postracion. El hombre cosmopolita que habia tenido por patria al universo y que habia surcado de Oriente á Occidente los mares de entrambos hemisferios, comprendió su verdadera situación; corazón lacerado por la perfidia de esa misma humanidad doliente que él mismo se habia impuesto la saludable misión de curar, volvió rechazado por la cruel ingratitud de los hombres, convenciéndose de la importancia estéril de aque-

lla lucha tenaz y gigantesca de treinta años que habia absorbido los resortes de su vida.

Perplejo é irresoluto, abandonóse al consejo de su mujer, quien fué de opinión volver á Roma, donde, segun ella, podrian habitar al abrigo de su familia. Así lo efectuaron, alojándose en la fonda de la plaza de España, bajo el incógnito de marqueses de *Pellegrini*.

A este tiempo el silbido de la revolucion francesa, previsto y aun casi creado por Bálamo, cundió hasta el centro de Italia, que se conmovió como todas las naciones del orbe; á aquel choque eléctrico palpó el corazón del revolucionario, y tomando una resolucion enérgica



púsose de nuevo de acuerdo con Marat acerca del modo en que debía dirigirse á la Asamblea de los Estados generales de la Francia á fin de obtener el competente permiso y salvaguardia de restituirse á aquel reino, á *coger el fruto del árbol á tanta costa por el plantado*. Marat rehusando entrar en connivencia con un loco (son sus palabras), se desentendió de la consulta, y este fué un nuevo desengaño que rasgó el pecho de Bálamo. No obstante, persistió en su propósito, enviando á su destino su solicitud, á la que no se dió curso. Decididamente su astro se había eclipsado, y empezaban para él los días de amargura y de tinieblas.

Abandonado á sus propios esfuerzos, se resignó con su suerte, y no contándose seguro de aquella sombra siniestra que asaltaba sus sueños precarios y de agonía, tomó domicilio en un caseron olvidado de la plaza Farnese.

Y allí, reducido á la modesta profesion de medicina que volvió á ejercer para procurarse la subsistencia, habitó por algunos meses bajo el nombre de D. Tischio Falangieri, napolitano, en cuyo idioma así como los de casi toda Europa estaba suficientemente versado. Pero los días de persecucion no habían cesado para él; delatado al Santo Oficio romano como reo de conspiracion y malas artes, fué arrestado por una comision de la Inquisicion el día 27 de diciembre de 1789 por la tarde, y conducido cautelosamente al castillo de San Angelo, en clase de prisionero de Estado.

Después de un voluminoso proceso de formas impertinentes y en cierto modo ridiculas, Bálamo, reo convicto *velis nolis de heregia, magia supersticiosa* y de franc-mason, fué condenado á la última pena, si bien mereció á la clemencia del Pontífice se le conmutara en prision perpetua *sub conditione retractationis in iudicio pleno*.

Hemos bosquejado á grandes rasgos y cual cumple al carácter de una biografía, los principales contornos de ese perfil misterioso conocido bajo abultadas formas en el campo histórico con tantos nombres como suposiciones gratuitas y perversidades sin número han acumulado sobre su fama escritores asalariados sin criterio propio ni raciocinio. Sobre sus actos maravillosos que tan bien se prestan á la novela con todos sus caprichos é invenciones, hemos echado un velo por corresponder á la historia documentada del personaje, y de la cual nos ocupamos tiempo há. En su discurso pueda acaso el lector precedernos en nuestras escursiones filosóficas á través del vasto campo de la fantasía. Por de pronto hemos dado una ligera idea del hombre, y sea este un simple preliminar de sus asombrosos actos en el borrascoso trayecto de su vida.

Seis años sobrevivió á su sentencia, y no podía ser mas tiempo, pues mal podía caer emparedado en un calabozo quien no había caído en todo el mundo. Tal fué pues el fin oscuro y miserable de este hombre. Durante su vida había merecido la correspondencia privada de Catalina II emperatriz de Rusia, de Federico II rey de Prusia, del gran maestro Pinto, de Voltaire, Rousseau y otros hombres eminentes, sobre todo de un *imberbe mozalvete* corso, cuya mirada de águila dice el mismo Bálamo que le fascinaba cada vez que se encontraba con la suya... y es que el genio había encontrado su punto simpático de atraccion. Aquel jóven se llamó después Napoleon I Bonaparte.

Concluimos ahora esta biografía, haciendo una declaracion oportuna. ¡La virtud de José Bálamo, tan abatida y exagerada, es un problema ó un acontecimiento?

La revolucion de Europa y América resolverán la duda cuando ese gran suceso empeñado entre la libertad y el despotismo allá en el Norte decida la suerte de ambos sistemas. Por de pronto, si la civilizacion debe al cataclismo revolucionario algun paso, acaso la sonrisa de su gratitud se vuelva hácia el semblante profético y paternal de José Bálamo, y le bendiga.

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

### ACLIMATACION.

El hombre necesita cuanto produce la tierra y las aguas, tanto en la superficie como en sus entrañas. Plantas, cuadrúpedos, aves, peces, reptiles, minerales, todo lo utiliza para sus necesidades, caprichos, comodidad y lujo; pero la tierra, concretándose á los productos de su superficie, no se los ofrece todos reunidos adonde quiera que aquel se encuentre, sino que en unas partes le da esquisitas uvas, en otras doradas naranjas, en estas elevados pinos, en aquellas frondosos plátanos, aquí subyuga una especie de cuadrúpedos, allí domesticada otra de aves, y mas adelante se apodera de una oruga, porque los seres, tanto vegetales como animales, nacen, crecen y se reproducen espontáneamente en parajes determinados segun sus especies, adonde cada una tiene lo necesario para vivir. Pero el hombre, estudiando la vida de dichos seres, así como todas las cosas que sobre ellos tienen alguna influencia próxima ó remota, directa ó indirecta, roba

sus hijos á un punto de la tierra, los coloca en otros mas ó menos distantes y análogos, obligándola á que los sostenga y multiplique.

Sin embargo, esta conquista del hombre sobre el reino orgánico, que lleva el nombre de aclimatacion, está sujeta á reglas, hijas de la esperiencia, de cuyo conocimiento y observancia pende el éxito de la empresa; porque inútil seria llevar el rengifo á Quito, Congo ó Borneo, así como el cocoteno, palma ó naranjo á Groelandia. Para llevar una planta ó un animal de un punto á otro, es necesario estudiar antes el clima bajo cuya influencia vive, y el adonde se quiere importar, á fin de que tengan la mayor analogia posible; y cuando así no sea, moderar la diferencia, si es muy notable, del segundo al primero por los medios artificiales que enseña la ciencia agricola; y si es un animal lo que se quiere trasportar, se necesita observar tambien sus costumbres, género de vida y de alimentacion. El clima agronómico puede definirse todo espacio de terreno cuyas capas sean iguales, bajo una atmósfera que esperimente siempre las mismas variaciones, por la cual hay climas de estos que abrazan mucha estension, y otros sumamente pequeños.

La situacion geográfica de los terrenos y su exposicion, la elevacion de estos sobre el nivel del mar, rios, fuentes, lagos, pantanos, y su proximidad á bosques, poblaciones, caminos muy frecuentados, montañas y situacion de ellas, temperatura y luz, presion, estado idrométrico, eléctrico, y variaciones de la atmósfera, todo limita y determina los climas á que me refiero, y todo debe estudiarse y tenerse en cuenta cuando se trate de pasar de uno á otro, para que en él se perpetúe algun ser orgánico. Entre estos los hay mas ó menos delicados, y por lo tanto que sienten en grados diversos su espatriacion. En las zonas templadas son generalmente mas variados los climas que en la tórrida y la frígida, ya por hallarse colocadas entre estas participando de la influencia de la una y la otra, ya por las costas, estepas, cuencas, valles, montañas y cuanto dejamos dicho que los modifica y limita. Afortunadamente en España podemos aclimatar sin gran trabajo todos los vegetales y animales de la tierra, porque son tan multiplicados y diferentes nuestros climas, que no habría uno en el mundo sin que en nuestra nacion no podamos hallar otro que deje de tener con él alguna analogia, ó no pueda proporcionarse esta por medios artificiales sin grandes dispendios. Las conquistas de seres que nunca se sublevaron y producen, son las que los gobiernos deben emprender y proteger con preferencia, y con todas las que España puede hacer de esta clase, unidas al desarrollo general de la agricultura, tendria para siempre abiertas las fuentes de riqueza que nadie la podria arrebatarse. La palmera, el nopal y el naranjo viven espontáneamente en nuestro suelo; la yuca, la piña de América, el ersivimomo, el cedro y otras muchas plantas de Africa, Asia y América, hermosean sin grande esmero nuestros jardines; el líquen de las montañas de Leon es tan bueno como el de Islandia; la cochinilla de la costa de Málaga, escelente; la caña dulce del mismo punto, dá un producto grande; el opio recogido en diversos puntos de la peninsula no se diferencia del de Asia; los caballos de los arriendos arenales de la Arabia conservan las mismas cualidades ellos y sus hijos que tienen en su patria. Yo recogí lana de las productivas cabras de Angora en el país, y tengo tambien de otras de la misma raza, que sin cuidado alguno hace bastantes años que están en España, y la diferencia en su longitud y finura es tan poca, que pudiera obtenerse igual. Es verdad que los climas graban con su sello á cuanto se somete á su influjo; que el hombre no puede vencer su influencia entre aquellos cuyas propiedades son diametralmente opuestas, y que tanto mas difícil es la aclimatacion de un ser, cuanto mayor sea la diferencia entre los climas, y cuanto menor sea esta, mas gradual y menos perceptible es el cambio ó modificacion que experimenta la organizacion de los seres. Que el gobierno impulse para su desarrollo á la agricultura y ganadería, instruyendo, invitando y protegiendo la formacion de sociedades con este objeto, ó encargándose por sí hasta que los pueblos vean los resultados, y nuestra nacion, siendo agricola y ganadera, será industrial y comercial.

J. QUIROGA.

### HISTORIA DE UN PERIÓDICO.

¿Cómo se hace un periódico?

¡Estraña pregunta! Desde que la inmortal asamblea de 1789 consignó en nuestros códigos el principio de la libertad de la prensa, el periódico ha llegado á ser una necesidad de la vida pública y de la vida privada, de tal naturaleza, que parece imposible comprender actualmente la desaparicion completa de los órganos de la publicidad euclidiana. Sea por ocio, sea por simpatía, ó bien por curiosidad, no hay persona que no lea al menos un periódico. Aun aquellos mismos que han acusado á la prensa de todos los males contemporáneos; los



que le han dirigido las mas graves y las mas injustas censuras; los que con mas entusiasmo han aplaudido durante todos los gobiernos los rigores de la legislación, todos desean consultar un periódico, examinarle, saber por él los acontecimientos, las revoluciones que se verifican, aunque no sea mas que en el pacífico y efímero reino de la moda. Todos los días se esparcen por el mundo, y á centenares de miles, las hojas cotidianas de París y de los departamentos; y no solo los niños, sino los hombres mas barbados, mujeres instruidas, lanzan en los salones, en los círculos, esta inocente pregunta: ¿cómo se hace un periódico?

¡Periodistas! ¡no seamos tan modestos! El número de personas que comen pan es infinitamente mayor que el de las que leen periódicos, y sin embargo, gran parte de ellas ignora cómo se hace el pan.

¿Cómo se hace un periódico?

Hacer un periódico es hacer un esfuerzo trescientas sesenta veces cada año, comprado con el cual los esfuerzos mas prodigiosos no son otra cosa que juegos de niños. Cuanto mas severa es la legislación de la prensa, mas difícil y peligroso es el esfuerzo, y el público no tiene en cuenta la dificultad vencida ni el peligro desafiado. No importa: cada mañana, á la misma hora, se verifica el prodigio, y el público recibe el periódico, y en vez de gritar «¡Bravo!»—¡tan ingrato es!—recorre negligentemente sus páginas húmedas todavía y le arroja con desden, sin hacerse cargo de los trabajos extraordinarios que necesita esta creación cotidiana.

No queremos hacer mencion de los esfuerzos de ingenio, de la facundia incesante, de la instruccion, de la memoria, del conocimiento profundo de los acontecimientos y de los hombres contemporáneos, que exige la redacción de un periódico. Limitémonos á hablar de lo material de la empresa; sí, porque un periódico es una empresa industrial establecida sobre una idea, sobre una pasión, sobre un interés ó un fin político cualquiera, alrededor del cual se agrupa el capital, sin retroceder, esperando con heroico valor el resultado de la batalla, á pesar de los contratiempos á que se espone.

Antes de saber si habrá ó no suscriptores, es necesario derramar oro á manos llenas, depositar 20, 40 y hasta 50,000 francos, segun la voluntad del legislador, para pago de multas, etc. ¡agradable perspectiva! buscar un local espacioso, oficinas, administradores, empleados, en una palabra, reunir un personal numeroso dispuesto á recibir al suscriptor que acaso no venga; una gran sala para la redacción, un gabinete para el director, un cuarto capaz para los cajistas, una máquina ó prensas y cajas para la impresion y tirada, almacenes para el papel, local para los plegadores... ¡Y el suscriptor tal vez no acuda!

Sin embargo, este desembolso anticipado, por considerable que sea, aun no es nada. Es preciso contratar folletínista, reunir escritores, y encargár á cada cual la especialidad en que mas se distinga; uno escribirá de alta política interior, otro de política extranjera, este de hacienda, aquel de literatura, etc., etc.

Una vez tomadas las disposiciones que acabamos de citar, se lanza el primer número del periódico. Suponemos, lo cual rara vez sucede, que el éxito del diario está perfectamente asegurado; la suscripción ha venido, el capital tiene divididos en perspectiva por premio de su heroicidad. El abonado ha recibido temprano, arrimado á la chimenea ó al brasero, ó tendido en su cama, el número cotidiano. Mientras él le recorre cómodamente, otros trabajan para que reciba el ejemplar del día siguiente á la misma hora y con la misma puntualidad, si no ha sido declarado género de contrabando en la aduana fiscal.

Desde por la mañana el tapete verde de la oficina de redacción está cubierto de periódicos de todos los puntos del mundo; periódicos que es necesario leer y escoger con cuidado para no omitir nada de lo que pueda interesar al público, desde la gran noticia política hasta los sucesos mas insignificantes de la crónica escandalosa.

Cada redactor se dedica á la tarea que le está asignada, y en tanto los cajistas distribuyen el número de la vispera ó de la ante-vispera, esto es, echan una á una en las cajas de imprenta las letras de plomo, que reunidas han formado el periódico que el suscriptor tiene en la mano. En seguida principia la composicion del nuevo número, habiendo revisado antes escrupulosamente el director todo lo que se escribe, porque una sola palabra imprudente puede comprometer y destruir la existencia del periódico. Haríamos interminable este artículo si descendiésemos á enumerar los infinitos detalles relativos á la confección, impresion y demás operaciones que exige un periódico: así pues, nos limitaremos á los mas importantes.

Compuesto el número y hechas las últimas correcciones, la máquina ó la prensa comienza á trabajar, estropeando generalmente algunos pliegos, hasta que por fin sale una hoja que puede leerse. Los dos primeros ejemplares, segun la ley, se llevan á la jefatura política y al fiscal de imprenta. En tanto continúa la tirada.

Una porcion de plegadores sentados alrededor de una gran mesa esperan los números, habiendo recibido cada uno de ellos de antemano algunas fajas con el nombre del suscriptor. Una hora antes de salir el

correo deben ya estar doblados todos los números con sus correspondientes fajas, en cuya disposicion se llevan al franqueo. Cuando la tirada es muy considerable, esta operacion se prolonga y la máquina no para. En las primeras horas de la mañana llegan los repartidores que, dividiéndose por barrios, se apoderan de los números, y mientras el suscriptor duerme ó descansa cómodamente, los entregan al portero ó los echan por debajo de la puerta. Esta operacion se repite todos los días; es, digámoslo así, el tonel de las Danaides. Y Danao no tenia mas que cincuenta hijas; un diario alimenta veinte industrias y da de comer á miles de familias. La fabricacion del papel, por sí sola, constituye una de las riquezas industriales del país. Los fundidores, los fabricantes de tinta, los constructores de máquinas encuentran en la existencia de un periódico un alimento siempre nuevo. Aquí son grupos de cajistas; aquí treinta padres de familia que pasan gran parte del día en el plegado; porteros que no viven mas que del periódico; redactores, empleados, cajeros, correctores, corresponsales en todas partes, etc. Y para dirigir este personal inmenso, esta grande empresa; para mantener el orden en este movimiento cotidiano; para que la tirada principie y concluya á hora fija; para que los ejemplares lleguen al correo puntualmente, ¡qué de cuidados, qué de afanes por parte del director! ¡Cuánta abnegacion se necesita en todos!

Ahora viene la serie de las grandes y pequeñas desgracias; ya es un molde que cae, y pone en dispersion ó reduce á pasta esa infinidad de pedacitos de plomo; ya es una de las cuerdas de la máquina que se rompe de repente é imposibilita la tirada; ya miles de accidentes inevitables en estas complicadas operaciones: ora un defecto tipográfico desapercibido que trastorna el sentido de una frase; ora una parte que llega por la noche é inutiliza un artículo escrito por la mañana, y que es preciso reemplazar inmediatamente con otra improvisacion; bien una palabra desgraciada, escrita en la precipitacion del trabajo, que mañana va á despertar las susceptibilidades de la administracion ó del fiscal, que dará por resultado un proceso, una multa, un encarcelamiento; bien, por último, el temor incesante de las severidades de la ley suspendidas siempre, como la espada de Damocles, sobre la cabeza de los desgraciados periodistas.

Aun hay mas. Hemos escrito un artículo con todo nuestro espíritu y nuestro corazon; hemos hecho esfuerzos sobrehumanos para dar á nuestro pensamiento una forma conveniente. Este artículo va á contentar á unos, á ofender á otros; entonces llueven cartas mas ó menos anónimas, amenazas, necesidades. En seguida vienen las recomendaciones, los inventores desconocidos, los fundadores de sistemas, individuos que nos asaltan con absurdas elucubraciones y que se pican formalmente si no insertamos sus escritos en el periódico.

No vaya á creerse por lo dicho que nos quejamos. No; por ingrato, por penoso que sea nuestro estado, nos agrada; le amamos, le desempeñamos con gusto y hasta con entusiasmo, aun en medio de los rigores de la ley vigente, y á pesar de las trabas que se nos imponen. Nunca tomamos la pluma sin el convencimiento íntimo de que concurriríamos á una obra útil, de que sembramos cada día algunos granos de la verdad eterna, que el viento lleva en sus alas y que germinarán no sabemos dónde. ¡Tarea ingrata! hemos dicho; pero, ¿qué importa? Ha habido hombres que han abusado de la prensa, que la han convertido en oficio y mercancía, que se han pasado sin pudor de un campo á otro, que han vestido todos los colores, saludado todas las banderas, y la opinion injusta ha lanzado sobre todos la vergüenza de algunos, como si en todas las carreras, en todas las asociaciones de hombres, no hubiese tráfugas y miserables!

No hay un nombre distinguido, y no exceptuamos de este número ni uno solo, que no haya debido á la prensa su fama, que no haya solicitado el favor de la publicidad; no hay una idea justa que no haya tenido en la prensa su vehiculo y apoyo. ¡Vosotros, los que mas cruelmente acusais á la prensa por los males que ha producido, sed justos una vez siquiera, poniendo en el otro platillo los servicios que ha prestado: entonces veremos á qué lado se inclina la balanza.

## MOROS.

Entre los diversos nombres que se da á los moros, los principales son los que siguen:

Unos les llaman *Caldæos*, por su primitivo suelo y origen: otros *Ismaelitas*, *Agarenos* y *Sarracenos*, por el primero de su linaje: otros *Arabes*, por el primer reino que tuvieron en la Arabia: otros *Moros*, por la parte que habitaban en el Africa denominada Mauretania: otros, *Mahometunos*, por su secta de Mahoma: otros *Barbaros*, por lo inculto de sus costumbres y falta de humanidad; y otros, en fin, *Africanos*, por el país de donde vinieron á nuestra España, conocido por Africa.

REMIGIO SALOMON.



## LA VENIDA DE LOS MAGOS.

Ciertos monarcas de Oriente,  
que no sé cómo se nombran,  
paisanos de aquellos magos  
que nacimientos adornan,  
oyeron decir á muchos  
allá en sus tierras remotas  
que en Madrid los esperaban  
todos los años con pompa.

Quisieron verlo el presente,  
y bien provistas sus bolsas,  
sobre elegantes camellos  
colocaron sus personas.

Vieron las Bálticas aguas,  
y del Bósforo las ondas,  
y á Abdul, y los Dardanelos,  
y el Pruit y Constantinopla.

Con ingleses y franceses  
tuvieron ratos de broma,  
y comieron cuatro días  
con Menschicoff y sus tropas.

Dieron la razón á todos,  
política que los honra,  
mientras poquito á poquito  
se internaban en Europa.

Los llevan ya sobre hierros  
ardientes locomotoras,  
ya en humeantes vapores  
del mar las espumas cortan.

En fin: ya están en España.  
¡Qué posadas y qué fondas!  
¡qué tumbos, qué volatines!  
del cupé que los aloja.

Molidos y magullados  
entrar en Tembleque logran,  
y en un *vagon* á Madrid  
llegaron en pocas horas.

¡Con qué placer admiraron  
las sencillísimas formas  
y la elegancia y buen gusto  
de la gran puerta de Atocha!

¡Cuál contemplan los palacios  
que aquellos campos adornan,  
y el inespugnable muro  
que el paso del sol no estorba!

Aun encuentran por las calles  
los restos de dulces glorias,  
y oyen los ecos sonoros  
de rabeles y zambombas.

Aun ven algun pavo errante  
que escapó de la derrota,  
y prueban los guijarrillos  
de Alicante y de Jijona.

Ya de la noche del cinco  
iban cayendo las sombras,  
y el gas al sol reemplazaba  
alumbrando... las farolas,  
cuando salieron los reyes  
de incógnito y sin coronas  
á ver cuál los esperaban  
en la villa muy heroica.

¡Qué gritos! Por todas partes  
aullan voces vinosas,  
y cruzan manadas de hombres  
alumbrados por antorchas.

Cuál una larga escalera  
sobre sus hombros apoya  
por un extremo adornada  
con una espuerta indecora;

Cuál un inmenso cencerro  
con rudos esfuerzos toca;  
cuál con sus blandos chapines  
saca chispas de las losas.

Son sus gznates de bronce,  
rotos harapos sus ropas,  
y el viento agita encrespadas  
las vedijas de sus chollas.

Ora en medio de las turbas  
abre dos varas de boca  
fornido infante, trasunto  
de las crías de una osa;

ora otra turba conduce  
una gallega mondonga,  
mas fea que seis cocheros,  
mas robusta que diez rocas.

Y ven los reyes atónitos  
en cien manchegas pagodas  
que al néctar de Valdepeñas  
en largos tragos adoran;

y en el centro de la calle  
sobre montones de aromas  
(municipales ornatos)  
la escala fija colocan.

¡Visteis andar patiabiertas  
las tortugas perezosas?  
Tal se encarama por ella  
un hijo de Covadonga.

«Ya llegan los reyes, grita,  
por la puerta de Segovia,»  
y baja y corre, y escapan  
alzando á las piedras ronchas.

«¡Los reyes!!!» claman los idem,  
¡oh democráticas hordas!  
¡gritos, cencerros!... ¡oh mores!

huyamos, no nos conozcan.»  
Y parten á escape á casa,  
se esconden entre las colchas,  
y al nacer el nuevo día  
huyeron juntos en posta.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

## CUESTIONES ANAGRAMATICAS

DE GEOGRAFÍA É HISTORIA.

Solucion de la publicada en el número 51.

JRZNAAEU.	Aranjuez.
ENENGOCIS.	Gensernico.
RFGXJ-OEO.	Jorge-Fox.
VCILORSA.	Carlos IV.

Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra

FIN DEL TOMO DEL AÑO DE 1854.